

Teresa de la Parra, 1930¹

Aquellas tres conferencias de Teresa de la Parra en Bogotá, en el esplendor de su fama, repartieron un aire fresco y al descampado, insólito dentro del clima intelectual feminista, y lo abatieron sobre las tierras de la mujer y la moda, la mujer y la tradición. Difícil decir qué era entonces Teresa, por los años 30, para Venezuela. Verdad que aquí se admiraba su prosa, humillada hasta la sencillez, puesta al rescoldo de dulces recuerdos y cribada a veces en el reproche, pero no tan verdad que entre la juventud que se enfrentaba a los hallazgos y pedía ejemplos gozase de simpatías. Gonzalo Carnevali, en Bogotá para los días de las conferencias, parlamentó junto con otros estudiantes un repudio simbólico, compartido en parte por la oposición colombiana. Enrique Bernardo Núñez, peleado con Carnevali y en funciones consulares en Panamá exótico, metió a Teresa en *La galera de Tiberio*, no como pasajera de la misteriosa nao sacada de las aguas en 1924, sino como una impertinente viajera del soliloquio. José Vasconcelos, todavía azotado por los látigos callistas, demoró en Bogotá para acusar a Teresa de algo así como de gomecismo. Ella, en esas tres conferencias, reconcilió su ánimo con la mujer de antaño, la monja exclaustrada que en la habitación solariega montó altar con flores de trapo y llamó maula a san Antonio, o la mantuana que como Mamá Panchita, vestida de olán clarín, amodorraba sus prejuicios en medio de una ola de esclavas. El tiempo ya se ha

¹Hamilton, Edgar. "Papel Literario". *El Nacional* 17 de octubre de 1971.

amansado y todas sus acumulaciones de odio dan paso ahora a la belleza elegante,
simuladamente clara, restauradora hasta en lo arbitrario, de Teresa de la Parra.